



## Los archivos personales de Stanley Kubrick

Editado por Alison Castle  
(Taschen, \$795.000)

Por Gregorio Sánchez

Lo primero que uno se pregunta cuando tiene en sus manos *Los archivos personales de Stanley Kubrick* es qué se puede hacer en la vida con un gigantesco libro de 544 páginas que es casi imposible de leer. Quiero decir: se trata, a todas luces, de una bellísima obra de exposición que logra llevar a cabo la quimérica tarea de recoger todos los pasos del Kubrick cineasta, pero, si por alguna extraña razón alguien lo quiere a uno tanto como para regársela (debe costar unos 800 mil pesos en las librerías colombianas), vienen a la cabeza interrogantes como ¿en dónde, en qué estante, mesa o superficie, podré acomodar un volumen de 48.8 centímetros de largo por 33.5 centímetros de alto por 7.6 centímetros de lomo?, ¿cómo pasaré las hojas de un compendio que pesa un poco más de catorce libras?, ¿me interesa tanto la carrera del director de *2001*, *La naranja mecánica* y *El resplandor* como para tener en mi apartamento una guía abrumadora que sólo podré acomodar en una pequeña mesa de roble?

*Los archivos personales de Stanley Kubrick* no está hecho para gente culposa. No está hecho para lectores que se atrevan a pensar "con esa plata me habría comprado veinte libros". Está pensado, como tantos productos de Taschen, para voyeuristas que encogen los hombros. Y, mejor aun (más extraño, más enfermo), para voyeuristas interesados en entrar en la oficina del difunto (no en la habitación) ahora que nadie está mirando. Quien bus-

que eso, quien esté interesado en ver los papeles que quedaron sobre el escritorio del cineasta el día en que murió, se sentirá en el paraíso cuando tenga estas páginas a la mano. A los demás, simples lectores de libros de cine, les será imposible decir algo malo de un trabajo faraónico que convierte a la edición (como tantos volúmenes de Taschen) en un oficio similar a la construcción de catedrales. O, si se quiere, a la producción de las películas de Kubrick.

Tal vez ese es el punto. Si algo queda claro mientras se hojea esta obra, si alguna idea puede concluirse cuando (primera parte) se revisan los encuadres de las doce producciones dirigidas por Stanley Kubrick, cuando (segunda parte) se leen las estupendas crónicas sobre cómo se filmó esa docena de ficciones y cuando (tercera parte) se descubren lo avanzados que estaban los tres monumentales proyectos que no llegaron nunca a realizarse, es que un libro gigantesco, pesado y abrumador era la manera más eficaz de contener el espíritu de la filmografía del cineasta. No importa nada. Que sea casi imposible de leer. Que no haya mesas en dónde ponerlo. Que pasar las hojas sea una proeza. Así, imponentes e incómodos, fueron siempre los largometrajes de aquel hombre.

